



Don Francisco Ponce Cordones, *in memoriam*

MANUEL BUSTOS RODRÍGUEZ
(*Director de la Real Academia Hispano Americana*)

Cuando uno llega a una ciudad por vez primera, en mi caso para ejercer la docencia como profesor de Historia Moderna, es conveniente conocer el terreno que se pisa. Y dentro de él, más concretamente, el entorno específico de la profesión; es decir, las fuentes documentales, los trabajos de investigación y las publicaciones en general que han venido desvelando la historia de Cádiz, sin olvidar por ello a los autores clásicos, como Abreu, Fray Gerónimo de Concepción, Suárez de Salazar o Adolfo de Castro, entre otros. De ahí la importancia de encontrar una guía que pudiese introducirnos en estos conocimientos. Yo la encontré, de manera especialmente provechosa, en la persona de Don Francisco Ponce Cordones, que hoy aquí recordamos.

Ignoro en estos momentos la forma en que se produjo el encuentro: si fueron primero sus escritos o su propia figura. De cualquier manera, debió de ser a finales de los años setenta-principios de los ochenta, con Don Francisco en pleno apogeo literario, cuando tuve la ocasión de acceder a su obra de divulgación histórica sobre Cádiz y su provincia. Venía desgranándola semana a semana, mes a mes, en la prensa, sobre todo en el viejo *Diario de Cádiz* y, ya en menor medida, en el *ABC* de Sevilla. Una parte sustancial de esta obra la publicaría más tarde, en 2007, bajo el patrocinio de la Fundación Unicaja, con el título genérico *Gades, Gadium, Gadibus*. Y, como quien no quiere la cosa, a pesar de la aparente sencillez de sus artículos, casi siempre daba a conocer en ellos algún detalle inédito, alguna idea interesante, alguna interpretación valiosa. Su saber acerca de Cádiz y su historia era tan rico que le permitía tocar todos los palos de la baraja, todas las épocas, con igual erudición.

De sus escritos se derivaban recuerdos de efemérides importantes de nuestra ciudad ignorados por las autoridades locales o la ciudadanía, o detalles insospechados, todos ellos tamizados por un deseo de equilibrio y de aplicación del sentido común, que tanto me recuerda al de ese maestro de historiadores ya fallecido, Antonio Domínguez Ortiz, al que Ponce, me consta, también reconocía como tal, y cuya ponderación de los hechos tanto conviene hacer suya al buen historiador.

Gracias a sus lecturas, a sus conocimientos y su magnífica intuición, pudo plantear la existencia de un gran canal, todo un brazo de mar, que partía la ciudad en dos, entre La Caleta y la plaza de San Juan de Dios, por donde salía de nuevo al mar. Utilizado para la navegación durante buena parte del período antiguo, hasta su colmatación, hoy las fotos

aéreas, así como las prospecciones arqueológicas, han venido a corroborar fehacientemente su existencia.

Pero Don Francisco dio, asimismo, el salto hacía investigaciones mucho más amplias e, incluso, muy modernas en su concepción metodológica. Tal fue el caso de su estudio sobre la demografía de Cádiz en el período moderno (siglos XVII y XVIII), que publicaría en la revista *Gades*. O sus trabajos sobre Rota durante la Guerra de Sucesión, las monedas de Gades o el saqueo anglo-holandés de Cádiz. Recuerdo a este último respecto los microfilms de documentos que obtuvo en los archivos británicos, y que me entregó generosamente al cabo por si me eran válidos para mis estudios.

Como teníamos un importante punto en común, nuestro amor por la Historia, la amistad entre Don Francisco y el joven historiador y profesor que yo era por aquellos años fue fácil, a pesar de la diferencia de edad. Ponce, en su gran humildad y sencillez, no solo era un hombre exquisito hasta el extremo en el trato, sino que, cuando se relacionaba con algún historiador profesional, le otorgaba un reconocimiento que él no se daba a sí mismo, no obstante que tantos de nosotros lo admirásemos y recurriéramos a él en busca de algún conocimiento historiográfico que se nos escapaba.

A pesar de sus aciertos en el terreno de la Historia y de su enorme afición por esta disciplina, Ponce no provenía de este campo. Perteneciente al Cuerpo de Aduanas, su verdadera profesión, sin embargo, estaba muy unido por ella al puerto y por ende al devenir histórico de nuestra ciudad, siempre vinculada al mar, su mayor fuente de riqueza. En ella vino realizando su trabajo desde 1944 hasta su jubilación, no sin antes haber pasado por otras localidades, Rota -su ciudad natal- y Sevilla, vinculadas igualmente a la Carrera de Indias. Todo un bagaje para comenzar pronto a interesarse por las cosas de Cádiz y de la Bahía.

Lo he dicho con asaz frecuencia: Don Francisco pertenecía a esa pléyade irreplicable de eruditos gaditanos (Antón Solé -que era, además, profesor en la Escuela Universitaria de Magisterio-, Eduardo de Ory, José Pettenghi o Mariano de Retegui), que, entre los años sesenta y noventa del pasado siglo, a través de artículos, folletos, conferencias y algunos libros, llevaba a cabo una apreciable labor de divulgación entre el gran público de la historia de Cádiz. Desde esas atalayas que son las academias a las que perteneció Ponce, tanto la nuestra, la Hispano Americana, de carácter nacional, como las de San Romualdo de San Fernando, la de San Dionisio de Jerez o la de Bellas Artes de Cádiz; o en torno igualmente al Ateneo Gaditano, la Asamblea Amistoso Literaria, el Centro de Estudios Sanmartinianos o las cátedras, Municipal de Cultura "Adolfo de Castro", y Militar de Cultura, estos eruditos fueron durante varias décadas los mayores animadores de la vida cultural de la ciudad, a la par que una indudable fuente de conocimientos sobre la historia de Cádiz y su provincia. Solo el pleno desarrollo de los estudios de Historia en nuestra capital, unidos también, cómo no, a los Cursos de Verano de la Universidad de Sevilla en Cádiz, dirigidos durante años por José María Pemán, a donde tanto Ponce como sus compañeros solían acudir con estricta asiduidad, vinieron a sustituir en parte las enseñanzas espontáneas de nuestros eruditos amantes de la Historia.

He tenido el honor de presentar a Don Francisco, al menos que recuerde, en dos ocasiones. Fue asiduo en acudir a las siete ediciones consecutivas que, bajo el título de "Jornadas sobre Cádiz en su Historia", pude organizar entre los años 1982 y 1987, por medio de las cuales se fue preparando el tránsito hacia la investigación histórica

desarrollada esta vez por jóvenes historiadores desde la Universidad de Cádiz, aunque sin olvidar a los hombres que les habían precedido en la tarea. Fueron posible dichas sesiones, al igual que las publicaciones resultantes, gracias a la importante obra cultural desempeñada por la Caja Provincial de Ahorros de Cádiz, con la que mantuve estrechos contactos por esos años, así como con algunos de sus miembros (Varela Gilabert, Cano o González-Tánago), con quienes, además, establecí lazos de afecto y de amistad.

Compartí con Don Francisco Ponce tareas académicas en la Hispano Americana a partir de 1996, fecha de mi ingreso como académico de número. Él lo había hecho apenas cuatro años antes, ocupando el sillón J de nuestra ilustre Corporación, desde donde hoy les dirijo la palabra en calidad de Director. Ostentaba entonces este mismo cargo mi predecesor, Don Antonio Orozco Acuaviva. Tanto Ponce como yo, asiduos a las reuniones y, de manera particular, a sus Juntas de Gobierno, conversamos y compartimos mesa.

Pero la vida y el quehacer de Don Francisco no pueden entenderse sin su fe católica. Gracias a ella afrontaría con resignación y esperanza la muerte de sus seres queridos, incluso durante los últimos años de su vida, cuando fue varias veces puesto a prueba por ella, y por su propia dificultad para moverse o trasladarse. Y gracias a dicha fe probablemente rara vez le vi verter murmuración o crítica corrosiva alguna, a las que tan dados somos los humanos. Sus argumentos solían ir siempre avalados por los datos históricos, los vividos y los aprendidos en los libros o en el decurso de la lectura paciente de los documentos. Y casi siempre procuraba evitar las críticas personales.

Aunque hablé con él varias veces por teléfono antes de su fallecimiento, el último encuentro personal que tuvimos fue en la puerta de la iglesia de San Francisco, a la que solía acudir al medio día para participar en la santa misa. Esperaba a que fuese la hora para entrar en el templo, sentado sobre su silla de ruedas, bien abrigado, sombrero en ristre, y tratando en el interludio de aprovechar los fugaces rayos del sol del invierno gaditano, rodeado de los pequeños naranjos plantados en la plaza, ajenos todavía a la eclosión primaveral de sus flores y perfumes.

Vaya desde este Casino, lugar tan vinculado a la cultura de Cádiz desde hace tantos años, nuestro recuerdo para nuestro fiel, gran académico y amigo.

*Casino Gaditano
Cádiz, 6 de noviembre de 2017*